

mos pensado en aprovechar los muchos recursos de que disponíamos para el efecto, si hubiésemos acertado á dar la competente dirección á fondos é instituciones que podrían fecundar el país haciendo su propio bien, y asegurando su conservación y mejora.

En la actualidad no puede negarse que se ha despertado en España un vivo movimiento que lleva los espíritus hacia un porvenir más animado y brillante. Sean cuales fueren las causas que lo hayan producido, lo cierto es que existe, y lo que conviene es explotarlo en beneficio de la ilustración, de la moralidad y del bienestar. Si el Gobierno impulsa vivamente el planteo de escuelas de instrucción primaria, y las mejoras de las existentes, encontrará sin duda apoyo y eficaz cooperación en el país que se va convenciendo cada día más de que por una parte conviene salir de la agitación revolucionaria entrando en el camino de los adelantos útiles, y de otra es indispensable satisfacer las exigencias del espíritu del siglo poniéndonos al nivel de las demás naciones, si queremos labrar nuestra prosperidad interior y ocupar en el congreso europeo el rango que nos pertenece.

Mas al propio tiempo que aplaudimos este progreso, también deseamos que se procure aliarle íntimamente con la religión y la moral, para evitar las consecuencias desconsoladoras que estamos presenciando en otros países donde el aumento de la instrucción ha llevado consigo el aumento de la inmoralidad, donde en la estadística de la corrupción y del crimen figuran en número mucho mayor los instruidos que los ignorantes. Triste luz del entendimiento la que sólo sirve para la perversidad del corazón. Preferimos la cándida sencillez hermosada con la virtud á la instrucción prostituída al vicio.— *J. B.*

## BARCELONA.

### ARTÍCULO 5.º

#### CONSIDERACIONES GENERALES

##### SOBRE LOS EFECTOS DEL DESARROLLO DE LA INDUSTRIA EN LAS SOCIEDADES MODERNAS.

Si las complicaciones que han hecho sumamente difícil la posición de Barcelona en los últimos años se hubiesen limitado al orden meramente político, fueran bastante á remediar el daño medidas puramente políticas; mas como quiera que no ha sucedido así, y que por motivo del desarrollo industrial y mercantil, se han presentado en mayor ó menor escala algunos de los problemas que abruma á las demás naciones que se hallan en este caso, ha resultado que afectándose el orden social, la herida que ha recibido la tranquilidad pública ha sido más grave, y los elementos de discordia pueden contar con más larga duración, dado que su vida y su fuerza estriba en la misma organización industrial que no es posible destruir y no muy fácil de modificar.

La disensión entre fabricantes y trabajadores que tan ruidosamente estalló en ciertas épocas, es síntoma más alarmante á los ojos de todo hombre pensador, y que conozca las tendencias de semejante fenómeno, que los mayores disturbios promovidos con intento ó pretexto de obtener mayor grado de libertad. En efecto; observándose el mismo hecho con más ó menos semejanza en los demás países donde la industria se ha desarrollado, claro es que sería un error atribuirle á causas puramente locales, y no

ver en él un resultado del aumento mismo de la industria.

Las innumerables obras que se han publicado y continúan publicándose en Francia, en Alemania, en Bélgica, en Inglaterra y en los Estados Unidos sobre lo que se apellida la organización del trabajo, los generosos esfuerzos que están haciendo los escritores amantes de la humanidad para resolver el difícil problema que aquí se envuelve, los desatentados proyectos á cuya explanación se han arrojado cabezas descabelladas, la atención que dispensan á este negocio los gobiernos más ilustrados, las ruidosas crisis que de vez en cuando sobrevienen perturbando el orden público, son datos que prueban hasta la evidencia que la organización de la industria tal como ahora se halla en Europa, deja todavía mucho que desear y ofrece gravísimos inconvenientes que en muchos casos hacen nacer la duda de si hubiera sido más provechoso á la humanidad y al buen orden de las sociedades, que el mencionado desarrollo no hubiese sido tan repentino.

Reflexionando sobre las causas de este mal, salta desde luego á los ojos que una de ellas es el que se han descubierto los medios de producir y acrecentarse esta producción indefinidamente, sin que al propio tiempo se haya encontrado el arte de hacer la distribución de los productos de la manera conveniente, ni haberse establecido un sistema capaz de hacer frente á las apremiadoras necesidades que consigo trae una multiplicación excesiva, ó al menos de ponerle coto previniendo el incremento desmesurado sin lastimar la razón, la justicia, la moral, ni la conveniencia pública.

La economía política, muy adelantada como ciencia puramente material, lo está muy poco como social. Ha desenvuelto magníficas teorías sobre el modo con que se producen las riquezas y sobre la manera con que tienden á distribuirse, pero estas riquezas las ha mirado como un simple producto de la inteligencia y de la fuerza, sin la debida relación al hombre de quien dimanar y á cuyo bienestar y felicidad deben destinarse. No negaremos que para crear

la ciencia económica y levantarla á la altura reclamada por su importancia, sea menester por razones de buen método separar las consideraciones sociales de las materiales; mas también es indudable que aquéllas deben ser el complemento de éstas, y que el ocuparse mucho de las segundas sin pensar en las primeras sería formar un cuerpo de doctrina estéril para el bien de la humanidad, y muy incompleto bajo el aspecto científico.

Nada de cuanto se refiere al hombre puede decirse suficientemente desenvuelto hasta que abarca las relaciones físicas y morales, y atiende á todas las condiciones favorables ó adversas á que con respecto á aquel punto está sometida la humanidad. La ciencia que produce un mal mezclado con el bien que acarrea, está obligada, por decirlo así, á trabajar incesantemente en remediarlo, depurando el beneficio de los elementos malignos que en alguna manera le hacen dañoso. De la propia suerte que el médico inventor de un específico para curar una enfermedad atiende cuidadosamente, no sólo á los buenos efectos sino también á los malos, y se ocupa no menos en atenuar éstos que en aumentar aquéllos.

Uno de los inconvenientes más graves que se han ofrecido para que pudiese lograrse cumplidamente el saludable objeto de que hablamos, ha sido el que el desarrollo de la industria y el adelanto de la ciencia económica han coincidido con esa época de enflaquecimiento de las ideas religiosas y morales, y han tenido que marchar al lado del materialismo ó del escepticismo. Desde el momento que el hombre es considerado como un simple producto de la naturaleza, sin diferencia de los demás, sino por una organización más perfecta y delicada, no es extraño que en tratando de él con respecto al trabajo se le mire como una máquina que conviene manejar del modo más útil, sin que sea preciso atender á su conservación, sino por el beneficio que de ella se espera ó por el daño que de su pérdida se teme. Muy al contrario, cuando se considera al hombre como dotado de un espíritu inmortal y creado

para destinos más altos de los que caben sobre la tierra, cuando el cuerpo, y todo lo que á él pertenece, es considerado con sujeción á los intereses del alma, entonces no se piensa jamás en los adelantos materiales sin que ocurran al propio tiempo los intelectuales y morales reclamando participación y preferencia, y oponiéndose si es necesario, al mismo progreso material en lo que tenga de inmoral ó de envilecedor del espíritu.

Apenas hay escritor de nota que se haya ocupado de semejantes materias de algunos años á esta parte, que no convenga en la necesidad de ensanchar la esfera de la ciencia económica, dedicándose no sólo al estudio de la producción y distribución de las riquezas bajo el punto de vista puramente material, sino también extendiendo la mirada á lo que reclaman esas necesidades de la triste humanidad condenada al parecer á ver aumentar su miseria á proporción que se multiplican sus títulos de esplendor y gloria; todos convienen en que es preciso poner coto á esa degradación de los espíritus que tan de bulto se presenta allí donde no se piensa en otra cosa que en producir riquezas, esa espantosa inmoralidad que se desenvuelve en los grandes centros manufactureros, afeando su brillo y hermosura como una llaga asquerosa en el semblante de un joven gallardo y apuesto.

A pesar de esa tendencia consoladora que cada día va dominando más y más en el orden científico, no se experimentan los saludables efectos que son de desear, y el mal lejos de disminuirse se desarrolla con alarmante rapidez. La Inglaterra que, á las necesidades que consigo trae un desarrollo de la industria tan asombroso como el suyo, reúne la circunstancia de una organización social muy á propósito para acrecentarlas, siente más que otro pueblo del mundo ese dolor, esa congoja, por decirlo así, que no le consiente disfrutar tranquila de su deslumbrante prosperidad, ni gozarse placentera en el aspecto de sus máquinas y de sus vapores, cada día más activos, más numerosos, más fecundos en toda clase de manufacturas.

Todos sus hombres de Estado, todos sus publicistas, todos sus filósofos siguen con ansiosa mirada el progreso de este mal, y se afanan en excogitar medios para atajarle. El sistema que más en boga se halla en la actualidad, y que más probabilidades tiene de ser ejecutado, es el de la colonización en grande escala, desahogándose de esta suerte al país del exceso de población que le abruma, y proporcionándose la industria nuevos desagües donde pueda descargarse algún tanto de la sobreabundancia de sus productos. No hace mucho tiempo que un escritor distinguido de la Gran Bretaña y hombre práctico en los negocios ha publicado un extenso trabajo sobre este particular, no contentándose con vagas generalidades, sino detallando el plan con que se debería ejecutar el proyecto de colonización, calculando los gastos que consigo traería á proporción de la escala en que se realizase, los beneficios materiales que desde luego se podrían reportar de los nuevos establecimientos, explicando los medios preparatorios de que se debiera echar mano para que los recién llegados á la colonia no se encontrasen faltos de comodidades para emprender sus tareas, y fijarse en el terreno sin desvío ni repugnancia.

El escritor después de haber desarrollado su plan, en cuya exposición se conoce que ha estudiado á fondo la materia, concluye con una exclamación que nos pareció revelar el espíritu elevado de donde salía, y la gravedad del mal cuya vista la arrancaba: *¡Inglaterra á tus bajezas; levántate y cumple los destinos de la Providencia!...*

Es ciertamente un espectáculo desconsolador el que ofrece una gran nación que se ha encumbrado al más alto punto de grandor y poderío, agobiada con el peso mismo de su prosperidad material, y amenazada de espantosos trastornos si no acude al remedio de los males que esta situación le acarrea. Es ciertamente desconsolador y que inspira reflexiones profundas y aflictivas sobre los destinos de la humanidad en esta tierra de infortunio, el asistir á la desolante escena de un gran pueblo que se ve precisa-

do á abandonar sus hogares y á marchar en busca de nuevos países para encontrar un bocado de pan con que satisfacer el hambre, y un pedazo de lienzo para cubrir la desnudez. Concíbese fácilmente que las hordas de los bárbaros multiplicadas sin tasa en los bosques del Norte, y careciendo de la inteligencia necesaria para aumentar la producción de los medios de subsistencia proporcionalmente á las nuevas necesidades, abandonarían sus nieves y escarchas y se arrojarían sobre el Mediodía en busca de climas más feraces donde encontrar pudieran el alimento que no alcanzaban á suministrarles sus enmarañadas selvas; pero no hubiera sido creíble á no verlo como lo estamos viendo que numerosas generaciones nacidas en un país altamente civilizado, en un país donde los medios de multiplicar los productos de la naturaleza y del arte han sido llevados á la mayor perfección, se viesén forzadas por extrema necesidad á tomar la dura resolución de abandonar el suelo de la patria.

Opinan algunos que planteándose otros sistemas en que no sólo se atiende á la producción de las riquezas sino también á su distribución más universal y equitativa, se alcanzará mejorar de tal suerte la condición de la humanidad que desaparezcan totalmente la carestía y miseria que ahora la están afligiendo. No dudamos que pueden introducirse importantes mejoras, así en la organización del trabajo, como en la creación de establecimientos destinados á acudir al socorro de los necesitados; pero creemos que en esta vida no es posible llegar á una perfección en que se obvían todos los inconvenientes y remedien todos los males. *Pobres tendréis siempre con vosotros*, dijo el Divino Fundador de nuestra religión sacrosanta, y esta profecía se ha cumplido hasta ahora, y se cumplirá en el porvenir.

Debemos ciertamente procurar que se disminuya tanto como posible sea el número de los infortunados, debemos trabajar en que la desgracia que sea inevitable sea menos dura y esté más rodeada de alivio y consuelo; pero no con-

viene que nos hagamos ilusiones lisonjeándonos con esperanzas que no se han de realizar. Posible fuera que corriendo en pos de vanas sombras descuidásemos la realidad, y que haciendo esfuerzos estériles para improvisar mejoras insubsistentes, atrasásemos con la injusticia ó la imprudencia lo mismo que nos propusiéramos acelerar.

En nuestro concepto, la naturaleza de la industria tal como ahora existe, tiende por necesidad al aumento de los pobres. Porque, si no nos engañamos, á la producción de este triste efecto contribuyen dos causas: 1.<sup>a</sup> la acumulación de la riqueza en pocas manos, ó sea la desigualdad de la distribución: 2.<sup>a</sup> la facilidad de multiplicarse la población; y estas dos causas acompañan el estado actual de la industria. No será difícil probarlo.

Lo primero que en esta materia se ocurre es que sustituida á la acción del hombre la fuerza de las máquinas, y elevadas la construcción y uso de éstas á la perfección en que las vemos y en la que andan progresando, se sigue que la industria se ha limitado por necesidad á la acción de los agentes inanimados, y que por lo mismo ha inutilizado en parte, y va inutilizando cada día más la acción humana. Esto produce naturalmente la disminución del trabajo, y por consiguiente del único medio de subsistencia en que está librada la vida de los pobres. Este argumento que se ha producido ya muchas veces y que á cada paso se oye repetir, no es el más fuerte que hacerse puede, ni es tal su solidez y exactitud que no sea dable contestar á él con muchas apariencias de verdad. En efecto, si las máquinas reemplazan la acción del hombre, en cambio perfeccionan y abaratan los productos de la industria, con lo cual el pobre con menos medios que antes alcanza á procurarse lo que ha menester. Dicho fenómeno lo estamos palpando en la revolución que ha hecho en los trajes la industria algodonera suministrando medios de vestirse con más comodidad, elegancia y baratura de lo que jamás habría podido suceder con el uso exclusivo del lino, seda y lana. Además la perfección de las máquinas multiplica también las

clases de industria; así es que de medio siglo á esta parte se cuentan muchas especies de ella que antes no existían; de lo que resulta que los brazos que por una parte deja ociosos los emplea de otra, bastando para gozar de esta compensación el que se tenga el debido cuidado de que las mudanzas no sean demasiado repentinas, preparándose lenta y suavemente la traslación á otro destino de los brazos que el nuevo invento va á dejar desocupados. Confesamos que estas reflexiones atenúan en nuestro juicio la fuerza de la dificultad; y que si otra no se pudiese objetar á las máquinas, no distaríamos de creer que con la experiencia se llegara á remediar el mal, compensándose por un lado lo que se hubiese perdido por otro. Así las causas que hacen que el aumento de las máquinas contribuya por necesidad al aumento de los pobres, nos parecen ser las dos que arriba hemos señalado. Expondremos brevemente los motivos en que se funda nuestra opinión.

*Acumulación de la riqueza, ó sea mayor desigualdad en la distribución de los productos.* En el estado actual de la industria de los ramos en que han llegado las máquinas á una gran perfección, se han hecho imposibles los establecimientos pequeños. El solo planteo de un vapor exige mayores desembolsos que el de muchas fábricas donde poco antes se trabajaban, bien que con menos perfección, las mismas manufacturas. Quien conciba, pues, semejante idea, es preciso que cuente con crecidos capitales, y que quien no reuna esta última circunstancia no pueda ni siquiera pensar en tamaña empresa. De esto resulta que el número de los amos ha de ser mucho más limitado; y como quiera que los dueños de las fábricas han de percibir el interés del capital invertido, la parte que se conceptúe necesaria para indemnizarlos del riesgo, y el valor que represente la inteligencia y el trabajo que empleen en el planteo y dirección de la fábrica, tenemos que siendo crecido el capital, no escaso el riesgo, mucho el trabajo de la dirección, y combinándose estas tres circunstancias en una persona, hay tres factores que elevan el producto, es

decir, la parte que corresponde al dueño, á una cantidad muy alta. Añádase á esto que el dueño no siempre se satisface con la ganancia que justa y equitativamente le pertenece, que no pocas veces procura explotar su situación del mejor modo que puede sin atender á ninguna consideración de moralidad, y que sólo se propone aumentar rápidamente su fortuna aun cuando sea á expensas del sudor de sus semejantes; y tendremos que esa fuerza absorbente se levanta á un grado inconcebible atrayendo á sí la mayor parte de los productos y dejando al pobre no más que lo indispensable á fin de que no le falten las fuerzas para continuar en el trabajo. Y como ya hemos hecho notar que el sistema de las grandes máquinas estrecha el número de los que pueden figurar como dueños, tenemos que por necesidad ese gran desarrollo de la industria crea poderosos focos absorbentes que se enderezan á aumentar la desigualdad de las riquezas. Este fenómeno que las razones aducidas dejan fuera de duda, se confirma con la experiencia que nos ofrecen los países manufactureros donde al lado de la miseria más repugnante y desconsoladora, se levantan colosales fortunas que dejan muy atrás las de los mayores propietarios territoriales.

A esto se nos dirá que los grandes establecimientos manufactureros no pertenecen por lo común á un solo individuo, sino que toman parte en ellos una porción de capitalistas, ya sea que se forme una verdadera sociedad, ya sea que encargándose uno solo á su cuenta y riesgo, se obligue á satisfacer un interés fijo por los fondos que se le hayan proporcionado. Así se consigue que el beneficio no sea todo en favor de una sola persona, y se impide que no se acumulen demasiado las riquezas. No negaremos el hecho que se nos acaba de objetar, y que si él no existiese la acumulación sería mucho más rápida y la desigualdad de la distribución hartamente más chocante; pero esto sólo prueba que pueden hacerse suposiciones en que el mal sería mucho mayor, mas no que ya en la actualidad no sea grave en extremo. Siempre resulta cierto que los estableci-

mientos en donde se fija la propiedad son en menor número á proporción del de los habitantes y de la escala de los productos, lo cual hace que la perfección de la industria cree una porción de grandes centros absorbentes que por necesidad contribuyen á que se aumente la desigualdad de la riqueza.

Y á la verdad ¿qué representan unos cuantos socios interesados en cada establecimiento en comparación de la muchedumbre que queda excluida del beneficio? Además que esta clase de empresas son de suyo tan importantes que á ellas no se aventuran con facilidad los capitalistas pequeños; y así es que estas sociedades suelen estar formadas de hombres muy ricos que destinan á aquel punto lo sobrante que no les ha sido posible emplear en objetos exclusivamente propios. Así resulta que el beneficio tiende naturalmente hacia los capitalistas más poderosos y por tanto se endereza necesariamente á producir el triste efecto que llevamos indicado.

*La facilidad de multiplicarse la población.* La estadística enseña que en las clases manufactureras la multiplicación se verifica en grado mucho mayor que en las agrícolas. En cualquier punto donde se establecen fábricas, se nota desde luego el aumento de la población, y en algunas partes se verifica este fenómeno con una rapidez sorprendente. Las causas de esto no son difíciles de adivinar. El labrador para fundar su familia ha menester casa propia ó arrendada, tierras más ó menos extendidas y un capital más ó menos cuantioso para procurarse los animales é instrumentos que necesita para el cultivo de sus campos. Nada de esto se improvisa; es preciso emplear á veces largo tiempo para adquirirlo, de lo que resulta que en las clases agrícolas no es ni de mucho tan fácil la multiplicación de los matrimonios, que éstos se realizan en edad más adelantada, y que los no favorecidos con las circunstancias indispensables para establecerse, ó difieren mucho más el matrimonio ó no lo contraen nunca. En las clases industriales sucede todo lo contrario. El joven de diez y siete

años se halla á menudo en la misma situación que el trabajador de cincuenta; su capital son sus brazos; la casa para habitar la encontrará hoy mismo en proporción al dinero de que pueda disponer según sea su salario; en cuanto á las eventualidades del porvenir que pudieran retraerle de cargar con nuevas obligaciones, sabe que jornalero es hoy, y jornalero ha de ser toda su vida; que los mismos medios de que dispone actualmente serán los de que disponga después de algunos años; y por lo que toca al peligro en que se halla de que le falte el trabajo y que por lo mismo no tenga con qué alimentar á su familia, es un peligro común á todos los de su clase, sea cual fuere su edad, y por tanto no le retrae de contraer matrimonio. Así vemos que los enlaces se verifican en edad muy temprana, con extremada ligereza, y con tanta mayor facilidad cuanto son menores los negocios que se han de arreglar y los intereses que se han de combinar ó transigir. Atiéndese únicamente al impulso de la naturaleza, y añadiéndose que la mayor proximidad de los sexos enciende las pasiones, y la inmoralidad les quita todo freno, se origina una multiplicación desmesurada á cuya rapidez no puede alcanzar el consiguiente aumento de los productos que se necesitan para proveer de medios de subsistencia. De aquí el pauperismo, plaga cruel de las sociedades modernas, y que amarga terriblemente el placer que causa la vista de su pujante prosperidad y prodigiosos adelantos.

De las consideraciones que preceden se infiere con toda evidencia que el desarrollo industrial que se está verificando se encamina á la creación de una nueva aristocracia, donde resalte la desigualdad de una manera harto más chocante que en la de los tiempos antiguos. Al rededor de los castillos feudales vivían los infelices vasallos sumidos en la pobreza y miseria, contemplando el esplendente lujo y los voluptuosos regalos de que rebosaba la morada de su señor; y devoraban en silencio la amargura de que siendo el fruto de sus sudores lo que alimenta-

ba la riqueza del castillo, les cabía á ellos no más que lo indispensable para no perecer de hambre, y lo que recibían andaba todavía acibarado no pocas veces con el desprecio y la ignominia. Ahora en rededor de un establecimiento fabril, que por su extensión y magnificencia se aventaja en mucho á los castillos feudales, moran también un crecido número de infelices, que apenas alcanzan á ganar el sustento necesario. Trabajando quizás todo el día en manufacturar las telas más exquisitas andan cubiertos de harapos que no les guardan del rigor de la intemperie; y al salir de una sala inmensa destinada al trabajo, van á sepultarse durante la noche en un subterráneo húmedo y mal sano, donde les espera el llanto de su mujer y de sus tiernos hijos. — *J. B.*

## POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA DUODÉCIMA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

### EL EVANGELIO Y LAS PASIONES.

Mi estimado amigo: el método que va siguiendo V. en la discusión epistolar que hemos entablado, me va manifestando una verdad, que si bien ya la tenía conocida me la hace V. mucho más evidente: hablo de la poca firmeza y exactitud en la moral de que adolecen generalmente los que no están fundados sobre el sólido cimiento de la religión. Con mucha verdad se ha dicho que la moral sin dogma era justicia sin tribunales. Óyeseles á Vds. ponderar y ensalzar con entusiasmo la sublime doctrina de Jesucristo en todo lo concerniente á la conducta del arreglo del

hombre; confiesan que nada hay superior ni igual entre los filósofos antiguos y modernos; reconocen que nada hay que añadir ni quitar; todo esto con una sinceridad y una expresión de buena fe, que no le dejan á uno duda de que si rechazan los dogmas de la religión cristiana, al menos abrazan con convicción filosófica la moral que ella nos enseña. Cuando he aquí que á lo mejor, hablando de puntos de alta importancia, se disparan de improviso con la exposición de una doctrina que no puede conciliarse con la moral del Evangelio, pues que se halla en abierta oposición con lo que ella prescribe. Así me ha sucedido con la última de V., en la cual después de resignarse á abandonar la trinchera en que se había hecho fuerte pretendiendo que nuestra religión se empeñaba en luchar con lo más íntimo de la naturaleza, con prohibir como cosa mala el amor propio, me viene modificando su argumento, pero en realidad proponiéndose un objeto semejante.

Dice V. que está de acuerdo conmigo en que la religión no destruye, sino que rectifica el amor propio, y no tiene usted inconveniente en reconocer que las objeciones de su carta anterior estribaban en un supuesto falso. No obstante, deseando no abandonar el terreno sin combatir, se empeña V. en sostener que la manera con que la religión rectifica el amor propio es demasiado dura, y contraria por demás á los instintos de la naturaleza. Aquí tiene su aplicación lo que le estaba diciendo poco antes, á saber, que los hombres irreligiosos caen con frecuencia en una contradicción patente, alabando de una parte la moral de Jesucristo y atacándola por otra sin consideración ni miramiento. V. pertenece al número de aquellos que se glorían de reconocer la santidad de la moral evangélica, y sin embargo no tienen reparo en condenarla por lo que prescribe con respecto á las pasiones. Y ¿sabe V. que el declarar una moral mala, ó inútil, ó inaplicable en lo relativo á las pasiones, es condenarla poco menos que en su totalidad? ¿No ha advertido V. que la mayor parte de los